

# Mujeres corresponsales de guerra

La francesa Margarita T. de Herrero y la española Dolores Pedrosa, durante la invasión de Abisinia (actual Etiopía) por los italianos; la norteamericana M. Gellhorn y la alemana Gerda Taro, durante la Guerra Civil Española; las estadounidenses G. Emerson y J. Corburn, en Vietnam; sin olvidar a las asesinadas (por ejemplo, la italiana Maria G. Cutuli) o secuestradas en Afganistán (por ejemplo, la francesa F. Aubenas). Sus nombres sirven para trazar la presencia y la evolución profesional de las corresponsales en conflictos armados.

## GONZALO JAR COUSELO

**D**e entrada, si consideramos que la guerra ha sido históricamente una cuestión casi exclusiva de los hombres, no ha de extrañar que la presencia de mujeres como corresponsales de guerra sea un fenómeno reciente. Bien es verdad que, con el paso del tiempo, esta presencia se ha ido incrementando hasta el punto de que, en ocasiones, la cobertura sobre los conflictos bélicos actua-

les por las grandes cadenas informativas suele quedar en manos de mujeres periodistas. En línea con esa tradicional ausencia y aunque no deja de ser importante destacar el profesionalismo y la valentía de las mujeres corresponsales de guerra, A. M. Portugal considera fundamental llamar la atención sobre aquellas reporteras que siempre han entendido que estar en los frentes de batalla no significa sólo la

**Gonzalo Jar Coucelo**, general de división de la Guardia Civil, es miembro del Centro de Estudios de Derecho Internacional Humanitario de Cruz Roja Española.

oportunidad para disputar la primicia de una noticia o ser la mejor de la profesión sino, sobre todo, poder tener una visión de lo que acontece en esas zonas diferente a la que se ha considerado tradicional.

En base a ese planteamiento claramente masculino de ver y hacer la guerra, resulta lógico que las primeras normas de protección de los periodistas en caso de conflicto armado se refieran siempre al género masculino. Así, la primera norma que aborda esa cuestión, el artículo 13 del Reglamento relativo a las leyes y usos de la guerra, de la Convención de La Haya de 1899, se refiere a “los individuos que siguen a un Ejército sin formar parte de él, tales como *corresponsales de periódicos...*, que caigan en poder del enemigo, y que éste considere útil detener tendrán derecho al trato de prisioneros de guerra, a condición de que estén provistos de carta de legitimación de la Autoridad militar del Ejército a que acompañaban” (cursiva del autor). De igual manera, ya en el ámbito del Derecho Internacional Humanitario (DIH), el II Convenio de Ginebra relativo al trato debido a prisioneros de guerra (1929), en su artículo 81, traslada el contenido del precepto antes citado, sólo que ahora ya se habla de “corresponsales” y “reporters de periódicos”.

Ese mismo planteamiento de excluir a las mujeres del desarrollo de



Como norma general, hasta bien entrado el primer tercio del siglo XX, los editores fueron muy reacios a aceptar artículos de temas bélicos escritos por mujeres

la guerra hizo que, como norma general, los editores hasta bien entrado el primer tercio del siglo XX fuesen muy reacios a aceptar artículos de temas bélicos escritos por mujeres, lo cual no impidió que, si bien no fue nunca muy numerosa su presencia en los conflictos armados de la época, sí lo sería el importante trabajo realizado por alguna de ellas en base precisamente a esa excepcionalidad. Hay que señalar, además, que la gran época de los corresponsales de guerra no había hecho más que comenzar, y mujeres como V. Cowles y M. Gellhorn, años después muy famosas, en esos momentos aún comenzaban a labrar-

se un nombre en el mundo de la comunicación. De igual manera hay que reconocer que, en ocasiones, la belleza de alguna de ellas y las relaciones sentimentales que mantuvieron con sus colegas llamó mucho más la atención de la opinión pública que sus trabajos periodísticos.

Ése fue el caso de lo sucedido en Etiopía en 1935, donde no dejaba de ser un hecho enormemente novedoso que, en un país de la África profunda, unas corresponsales tan especiales como Margarita T. de Herrero y Hazte –de 36 años y rara belleza, nacida en Francia, de madre inglesa y padre español–, contratada por el diario parisino *Le Journal*, y la española Dolores Pedrosa, hubiesen llegado a la capital, Addis Abeba, el mismo día que empezaba la guerra que enfrentaría a este país con los invasores italianos, provocando un importante revuelo entre los numerosos colegas allí destacados. Su consideración como verdaderas profesionales de la información no tardó en ser puesta en cuestión ya que, a raíz de los primeros ataques con gas contra la población civil por parte del bando italiano, ambas periodistas dejaron momentáneamente sus ocupaciones profesionales y se fueron al hospital a ayudar en la atención a las víctimas del conflicto como enfermeras, ocupación que para la sociedad de entonces parecía más pro-

pia que la de su verdadera profesión.

Lo que sucedió a continuación fue que el famoso corresponsal británico del diario *The Times*, G. Steer, acabaría enamorándose de la, en palabras de Rankin, “irresistiblemente atractiva” Margarita, 10 años mayor, y meses después, coincidiendo con la entrada de las tropas italianas en la capital etíope, en 1936, contrajesen matrimonio, verificando el dicho de que la guerra apresura las bodas, ocasión aprovechada por el *New York Times* para titular: *Boda de periodistas en Addis Abeba al son del fuego de fusiles*. Desgraciadamente, Margarita fallecería cuando daba a luz de forma prematura a su primer hijo (30/01/1937) y mientras su marido se encontraba en Bilbao cubriendo la Guerra Civil Española como corresponsal de su periódico, medio que, al dar a conocer la noticia, se refería a ella como “una periodista de gran talento y una mujer con aplomo y sin miedo”.

## **La Guerra Civil Española**

Se trata del primer conflicto armado que contó con una gran presencia femenina entre los profesionales de la información, seguramente porque se trataba de una situación muy atractiva para el mundo de la comunicación a escala mundial. De entre todas las que pasaron por España durante los casi tres

años que duró el conflicto, se pueden citar a B. Alving (*Bang*), periodista sueca que vino a España como corresponsal del *Dagens Nyheter*, o K. Bowler (*Kitty*), periodista estadounidense independiente de izquierdas. Esta última se acreditó como corresponsal del *Manchester Guardian* y tuvo una relación sentimental con T. Wintringham, veterano comunista británico que vino a España oficialmente como corresponsal del *Daily Worker* y acabó siendo comandante del batallón británico de las Brigadas Internacionales, relación que, por cierto, no fue nunca bien vista por los responsables del partido comunista, quienes acabaron acusándola, en enero del 37, de espía trotskista, por lo que fue interrogada durante tres días y tres noches por varias personas, investigación que se prolongó en el tiempo y por la que sería expulsada finalmente de España.

Más trascendencia mediática y profesional tendría la presencia de algunas corresponsales a las que este conflicto elevó a cotas de popularidad y conocimiento desconocidos hasta ese momento. La primera de ellas, V. Cowles, redactora que trabajaba para el sensacionalista grupo de prensa Hearst hasta que un día decidió que la Guerra Civil Española era su oportunidad. Cubrió el conflicto repartiendo el tiempo que estuvo en España entre los dos bandos. Con el paso del tiempo, el



Gellhorn nunca se consideró a sí misma como una corresponsal de guerra en sentido estricto y sostenía que no sabía nada de operaciones militares ni de lo que en realidad estaba pasando y que sólo en caso de ser testigo de algo extraordinario tendría tema para un artículo

libro en el que recoge sus experiencias –*Looking for Trouble*– se fue afianzando como una de las fuentes directas más citadas para la reconstrucción de la vida cotidiana en ambas zonas, lo que hizo que, detrás de las apariencias, brotase una auténtica corresponsal de guerra. A diferencia de Gellhorn, prefería la discusión, el análisis, el artículo redondo en el que se recogiesen todos los puntos de vista. Una nota de *The New York Times* (09/01/38) decía que Cowles había dejado España después de cinco meses de guerra, pero, en marzo del 38, regresaba enviada por el diario neoyorquino para cubrir los bombardeos

de Barcelona. El 10 de abril del 38, *The New York Times Magazine* publicaba el impecable reportaje en el que ponía de manifiesto todo su conocimiento sobre lo que estaba ocurriendo en España.

Pero, sin duda alguna, la que más fama alcanzaría de entre todas las mujeres corresponsales que acudieron a este conflicto sería M. Gellhorn, quien ya para conseguir llegar a España en mayo del 37 como enviada de la revista *Colliers* tuvo que sufrir múltiples penalidades, como lo demuestra el hecho de que para poder pagarse el viaje se vio obligada a aceptar la bien remunerada propuesta que le hizo la revista *Vogue* para escribir un reportaje sobre “los problemas de belleza en la mediana edad”. Tras su llegada a España se instaló en el hotel Florida, en plena plaza de Callao madrileña, donde se alojaban muchos de los corresponsales que habían llegado antes que ella, entre otros E. Hemingway, con lo que el establecimiento se animó mucho más de lo que lo estaba hasta entonces.

Su relación con el ya famoso escritor empañaría en parte su trabajo como periodista, con quien se dedicó a recorrer el frente y estar en muchas ocasiones más cerca de la batalla que ninguno de los otros corresponsales, lo que significaba someterse a riesgos de todo tipo. Como nota curiosa, señalar que, respecto a su presencia en el frente,

los jefes militares pidieron en una ocasión al mando de Madrid que no volviera por allí una rubia tan llamativa como aquella. En todo caso, después de la guerra se convertiría en la tercera mujer de Hemingway y en la coprotagonista, con otro nombre, de la obra teatral *La quinta columna*, la única de ese tipo que escribió dicho autor, en la que se recrea la vida del mítico hotel Florida, hervidero de periodistas y visitantes extranjeros, de voces y pasiones desatadas donde, según la opinión mayoritaria, podía encontrarse casi de todo menos información fidedigna.

Los que llegaron a conocerla bien reconocen que, aunque en su primera crónica mostraba extraordinarias dotes de periodista, Gellhorn nunca se consideró a sí misma como una corresponsal de guerra en sentido estricto y sostenía que no sabía nada de operaciones militares ni de lo que en realidad estaba pasando y que sólo en el caso de ser testigo de algo extraordinario tendría tema para escribir un artículo. Lo que sí es cierto es que supo captar lo que pasaba en aquella guerra y, a partir de ese momento, ya no dejaría de contarlas, de tal forma que, desde entonces, no hubo escenario bélico al que no acudiese. Estuvo en China a comienzos de los 40 y entró en el campo de Dachau con las tropas aliadas; cubrió tanto el conflicto árabe-israelí como el de Viet-

nam y, con 81 años, viajó a Panamá para ver lo que ocurría con las tropas estadounidenses durante la invasión de ese país. Respecto al conflicto bélico de Vietnam, consideraba que había sido “la última guerra de los enviados especiales” y que ella misma, en un determinado momento, llegó a ser considerada otro testigo incómodo, a causa de sus investigaciones sobre abusos y casos de corrupción dentro de las Fuerzas Armadas estadounidenses y survietnamitas, razón por la que acabaría siendo expulsada del país a mediados de los sesenta.

Especial significación presenta también la historia personal de G. Taro, nacida en Alemania en el seno de una familia judía de origen polaco como G. Pohorylle, en 1910. Siguiendo en líneas generales el artículo que a su figura dedicó A. Marín, cabe decir que su condición de judía le llevó a vincularse en su juventud en torno a movimientos de izquierda que ya, por entonces, combatían el ascenso del nazismo, de ahí que no extrañe que, tras el ascenso al poder de Hitler en 1933, decidiese trasladarse a París, donde sobrevivió haciendo trabajos muy diversos. Al año siguiente conoce a A. Friedman (más adelante, el famoso fotógrafo R. Capa), con quien establece no sólo una relación personal sino que comenzará también una fructífera colaboración profesional. En 1936, la pareja cambia



La figura de Gerda Taro, pareja sentimental y profesional de Robert Capa, es un ejemplo visible de cómo la historia de las mujeres se ha visto generalmente desdibujada y ocultada

sus apellidos originarios por los de Taro y Capa, respectivamente, desplazándose ambos a España para cubrir la guerra civil que acababa de comenzar.

Si bien, en un principio, compartió autoría de obra con Capa –en la empresa que habían formado (Capa&Taro)–, situación que se mantuvo durante los primeros meses de la guerra, luego comenzó a firmar ella sola, para caer más tarde en un cierto olvido. Sin embargo, a partir de 1937, aparece ya una nueva Taro que comienza a independizarse de manera progresiva de su compañero y maestro, de tal forma que realizan viajes y reportajes por se-

parado y el *copyright* de las fotografías va pasando de ser Capa a Capa&Taro, hasta llegar a firmar solamente como Taro. Su contrato con la publicación de orientación comunista francesa *Ce Soir*, acabará permitiéndole disfrutar de la autonomía que buscaba.

Sin embargo, la desgracia hizo que, cuando cubría la batalla de Brunete y mientras huía del avance de las tropas franquistas montada sobre el estribo de un coche que transportaba algunos soldados heridos, un ataque de la aviación hizo que un tanque republicano golpeará el automóvil haciéndola caer al suelo, provocando que las cadenas del carro de combate pasaran sobre la parte inferior de su cuerpo. Aún con vida, fue trasladada a un hospital en El Escorial donde falleció poniendo fin a una carrera como fotógrafa que había durado apenas un año y que se había centrado exclusivamente en ese conflicto, breve carrera marcada y en buena medida determinada de forma inevitable por la presencia a su lado de R. Capa, su pareja tanto en lo personal como en lo profesional.

Una vez finalizado el conflicto, su nombre e imágenes desaparecieron prácticamente de los ámbitos profesionales, y, lo que fue todavía más injusto, muchas de ellas le serían adjudicadas a quien había sido su compañero y depositario de sus bienes tras su muerte, el propio Ca-

pa. Hay que reconocer que si éste fue quien la inició en la fotografía, fue también él quien ensombreció su figura y su trabajo en los años posteriores a su muerte. En EE UU, adonde se trasladaría muy pronto Capa, el hecho de que fuera una mujer atractiva (en todas partes se resaltaba que era una “pequeña y hermosa mujer”) y las propias circunstancias de su muerte –descrita como la primera fotografía de guerra presente en primera línea de fuego y, probablemente, la primera en morir mientras realizaba su trabajo–, contribuyeron a centrar la atención más en estos aspectos que en su trabajo como fotógrafa.

Ese abandono casi total de la figura de Taro duraría hasta 1985, año en el que R. Whelan, biógrafo de Capa, sin llegar a restituir de manera decidida su figura, empezó a reconocer la autonomía de su trabajo. Como muy bien planteó la investigadora alemana L. Schaber, autora de la exhaustiva biografía titulada *Gerda Taro. Una fotógrafa revolucionaria en la guerra de España*, publicada en 1994, su figura es un ejemplo visible de cómo la historia de las mujeres se ha visto generalmente desdibujada y ocultada, hasta el punto de que los tres motivos fundamentales por los que Taro fue tomada en consideración –haber vivido y trabajado con un hombre famoso, ser atractiva y la tragedia de su muerte– eran elementos que no

hicieron sino dificultar el proceso de conseguir un enfoque más equilibrado de lo que simbolizó y representó su trabajo como reportera en la Guerra Civil Española.

Durante la II Guerra Mundial no fue muy habitual la presencia de mujeres en los frentes de batalla, ni frecuentes los ataques a los profesionales de los medios de comunicación, motivo por el que, cuando se aprueban los cuatro Convenios de Ginebra en 1949, en el tercero de ellos, relativo al trato debido a los prisioneros de guerra, se reproduzca la figura de 1899 y 1929, ahora con la denominación por vez primera en un texto jurídico de “corresponsales de guerra”, de tal manera que seguirían teniendo la consideración de prisionero de guerra cuando, acompañando a las fuerzas armadas con su autorización y tarjeta de identidad, cayesen en poder de la otra parte.

El problema es que toda la normativa citada hasta ahora se refería a conflictos armados internacionales, pero la mayoría de los que iban a venir en los años siguientes no tendrían esa consideración, al tratarse de conflictos internos, guerras civiles, de liberación nacional, de descolonización, etc.

## La Guerra de Vietnam

Durante este conflicto fueron bastantes las mujeres que pusieron



Muy llamativa fue la acerba crítica dirigida, durante la guerra en la ex Yugoslavia, por un conocido corresponsal de guerra español contra una de sus colegas, famosa periodista de TVE, basada fundamentalmente en su condición de mujer

muy alto el listón del trabajo de las corresponsales, papel que hasta entonces había estado reservado casi en exclusiva para los hombres, en mayor medida cuando fue la primera vez que los profesionales de la información dispusieron de libertad casi absoluta para desarrollar su trabajo. Ese fue el caso de G. Emerson, quien, tras haber cubierto con anterioridad otras crisis internacionales, permaneció en Indochina entre 1970 y 1972 como corresponsal de *The New York Times*. En su opinión, mientras que los hombres jóvenes que iban a Vietnam como corresponsales tenían que demostrar, debido a su edad, lo intrépidos y duros que

eran ante situaciones tan extremas, porque no eran mucho mayores que los reclutas, ella no tenía que demostrar nada, pues “yo sabía quién era: la mujer más valiente del mundo. Ésa era la mentira que me decía a mí misma”.

Otro caso muy llamativo fue el de J. Coburn, quien informó sobre las guerras de Vietnam y Camboya para el *Village Voice*, la Pacifica Radio y la revista *Far Eastern Economic Review*. Recuerda cómo a muchos de los periodistas que iban a Vietnam les daban visados de sólo 30 días, así que todos los meses tenían que irse a algún país cercano para renovarlo y, luego, regresar. En su caso, llegó a revisar su visa en Hong Kong unas 20 veces –llevaba la solicitud y retiraba el visado a los tres días–, lo que acabó convirtiéndose en una verdadera rutina. Es muy significativa la anécdota que cuenta relativa al gran interés que mostraban muchos periodistas para ocupar un lugar en los helicópteros norteamericanos que iban a Laos, ya que era muy difícil conseguir una plaza.

En una ocasión, tras haber estado esperando durante tres días, finalmente consiguió montarse en uno de ellos que iba completamente lleno, si bien, en el último minuto y justo antes de despegar, apareció el gran L. Burrows que preguntó si había sitio para uno más, a lo que el piloto respondió negativamente, lo que provocó que los

demás periodistas y fotógrafos se levantasen en bloque y le dijeran a ella que bajara del aparato. Aunque no le explicaron por qué, era obvio que tenía estrecha relación con su condición de mujer, pues, como ella mismo explica, “después de todo, yo era mujer y sólo escribía para el *Village Voice*, y el gran L. Burrows quería un lugar”. Ni que decir tiene que Coburn también consideraba a Burrows uno de los grandes, así que se bajó del helicóptero, el cual, tras volar a Laos, sufrió un accidente y se estrelló, a consecuencia del cual murieron todos sus ocupantes. Ese suceso fue tan impactante para ella que nunca pudo recordar qué personas más iban a bordo del aparato.

Una de las consecuencias que se derivaron de esa mayor presencia de mujeres corresponsales en Vietnam fue que, a partir de entonces y a pesar de los recelos que sin duda seguían provocando entre sus colegas varones, ya no extrañaría verlas en las guerras futuras jugando un papel protagonista en muchas de las ocasiones. En el ámbito del DIH, lo más trascendental iba a ser la aprobación de los dos Protocolos Adicionales a los Convenios de Ginebra (1977), sobre todo en el primero de ellos, pues por vez primera se va a recoger la figura de los periodistas que “realicen misiones peligrosas”, es decir, lo que se conoce como *freelance* o corresponsal

“por libre”. Lo que dice el artículo 79 de ese primer Protocolo es que tales profesionales que desarrollen su trabajo en zonas de conflicto armado serán considerados “personas civiles” y, por tanto, protegidos como tales, siempre que “se abstengan de todo acto que afecte a su estatuto de persona civil”. De esa manera, quedaban definidas las dos figuras del corresponsal que acude a un conflicto y la protección que el DIH otorga a los mismos, protección que, ya se puede decir, no serviría para evitar los ataques que iban a sufrir a partir de ese momento muchos de los profesionales de la información.

## Afganistán

Aun cuando, como se ha dicho, la presencia de mujeres en los conflictos se iba a ir “normalizando” a partir de ese momento, ello no impediría que se siguiesen produciendo descalificaciones de muchas de ellas por el mero hecho de ser mujeres y, con mayor intensidad, atractivas desde el punto de vista físico. Muy llamativa fue la acerba crítica dirigida, durante la guerra en la ex Yugoslavia, por un conocido corresponsal de guerra español contra una de sus colegas, famosa periodista de TVE, basada fundamentalmente en su condición de mujer, lo que pone de manifiesto que algunos comportamientos atávicos

de los hombres son muy difíciles de modificar. Además no hay que olvidar que, en muchos de los conflictos actuales, el hecho de ser mujer supone un riesgo añadido en el momento en que se convierten en víctimas de los mismos.

Algo de eso fue lo que ocurrió con ocasión de la muerte del enviado especial a Afganistán del diario *El Mundo* (19/11/2001), J. Fuentes, que tanta trascendencia tuvo en España. Cuando viajaba en compañía de otros periodistas en un convoy organizado por ellos mismos, sufrieron un ataque en el que fallecieron, además de Fuentes, otros tres colegas más –la italiana Maria G. Cutuli (*Corriere della Sera*), el cámara australiano H. Burton y el fotógrafo afgano A. Haidari, ambos de la agencia Reuters– y un traductor. Cuando años después se llegó a condenar a los culpables, se demostró que Cutuli, antes de ser asesinada, había sido violada por los asaltantes, lo que demuestra el plus de sufrimiento al que se ven sometidas las mujeres que trabajan en los conflictos armados.

Sumamente aleccionador resulta lo sucedido en Afganistán, en 2001, respecto a la difícil compatibilidad para la mujer de la profesión de corresponsal de guerra y la condición de madre. En ese sentido, Portugal rememora el episodio que protagonizó la corresponsal del diario inglés *Sunday Express* I. Ridley,

quien pasó 10 días detenida por los talibanes, caso que motivó un cierto debate sobre los deberes de la maternidad y las obligaciones profesionales en caso de conflicto armado. Luego de ser liberada, Ridley fue objeto de críticas por parte de algunos de sus colegas, mujeres y hombres, por haber dejado sola a su hija, pero, como dijo N. Walter, periodista de *The Independent* y compatriota de Ridley, ella no fue la única madre o padre que trabajó para los *mcs* que cubrieron el conflicto en Afganistán y que también hubiera sido bueno saber si la hija de Ridley la extrañaba cuando ella iba a trabajar. En todo caso, de lo que nadie hablaba era de averiguar cuántos periodistas hombres que trabajan en zonas de guerra dejan hijas e hijos en casa, y qué sienten ellas y ellos al respecto.

Especialmente trágica para el sector femenino de la profesión periodística en Afganistán iba a ser la semana que discurrió del día 31 de mayo al 6 de junio de 2007. En la primera de esas fechas era asesinada la periodista S. Sanga Hamaj (22 años), a consecuencia de los disparos que recibió cuando regresaba a su vivienda desde su trabajo en la televisión privada Shamshad, en la que trabajaba desde hacía un año, sin que la detención del supuesto asesino sirviese para aclarar los motivos del crimen. En la segunda de ellas fue Z. Zaki (35 años), propietaria

y directora de la única emisora de radio independiente afgana desde su creación en 2001, tras la caída de los talibanes (Radio Paz), cuyos programas estaban principalmente dedicados a divulgar los derechos humanos, la educación y la emancipación de las mujeres, quien falleció tras recibir siete disparos por parte de tres desconocidos que irrumpieron en el dormitorio de su casa en la localidad de Jabalsaraj, a 70 kilómetros al norte de Kabul, mientras dormía con su hijo de 20 meses. En un comunicado, Reporteros sin Fronteras (RsF) solicitaba que “tanto si este bárbaro acto está relacionado con el trabajo periodístico o con los compromisos cívicos de Zakia Zaki [era también directora de un colegio], es imperativo que se identifique y castigue a los autores del crimen”. Zaki había criticado en varias ocasiones a los talibanes y a los señores de la guerra y había recibido por ello amenazas de muerte.

## **La Guerra de Iraq : el secuestro de mujeres periodistas**

Tras el apagón informativo que se produjo después de la Guerra de Vietnam, hubo que esperar a la Segunda Guerra del Golfo (2003) para poder ver una verdadera avalancha de corresponsales cuyos medios deseaban contar al mundo lo que iba a suceder allí. Si en Indochina fue-

ron alrededor de 700 los periodistas que cubrieron el conflicto, ahora llegarían a los 3.500, contando tanto los que se desplazaron por su cuenta como los 600 que lo hicieron en el régimen de *embedded* –*en-camados*, integrados o *empotrados* en las unidades estadounidenses y británicas–, lo que permitió una cobertura bastante completa del mismo. A todo ello habría que sumar la incorporación, ciertamente novedosa, de las cadenas árabes de televisión, que acabaron con la exclusividad de los grandes medios occidentales.

Es así como se puede decir que nunca como hasta ese momento había habido tantos periodistas desplazados a una zona de conflicto, incluidas mujeres, las que, por cierto, al tratarse de un país musulmán, en su trabajo no dispusieron de ningún tipo de facilidades para poder desarrollarlo con arreglo a los patrones occidentales. Para una veterana corresponsal de *The Washington Post* que había permanecido en Iraq en tres períodos diferentes en 2006 –las dos primeras *por libre* y la última como *embedded* (*empotrada*)–, tratar de informar “sobre la gente real” con esta última modalidad era muy difícil, pues “no hay forma de comprobar el verdadero apoyo a la insurgencia”.

Precisamente, respecto a esa figura del *embedded*, hay que señalar la expresa declaración de que el sexo no supondría ningún impedi-



Uno de los fenómenos más novedosos de la Guerra de Iraq fue el del secuestro de periodistas, que se cebó de manera cruel con dos mujeres, la francesa F. Aubenas (43 años), enviada especial de *Libération*, y la italiana G. Sgrenna (56 años), corresponsal de *Il Manifesto*

mento para acompañar a las tropas, lo que no dejaba de plantear algún tipo de paradoja a alguna de las 60 mujeres *empotradas* –entre ellas, la española Mercedes Gallego (*El Correo Español*)–, al tener que viajar con unidades donde aún no estaba permitida la presencia femenina, como fue el caso de las de infantería. En el caso concreto de Gallego, su presencia allí sirvió no sólo para que pudiese contar su experiencia desde el punto de vista de las operaciones militares, muy limitada por los responsables de la unidad en que iba integrada, sino para denunciar el fuerte machismo existente en las Fuerzas Armadas

norteamericanas, tanto por su experiencia personal como por la de las escasas mujeres que integraban su unidad. Respecto a su valoración de la experiencia vivida, y sobre todo de su relación con los responsables militares, es concluyente: “Hacía mucho que sospechaba que el general nos utilizaba mediáticamente para construirse una imagen y lavar la de la operación”.

Esos debieron ser también los motivos por los que el Pentágono utilizó la figura como portavoz de la dinámica V. Clarke, la primera mujer que ocupaba ese cargo y que permitió la implantación de la modalidad del *embedded*, que se hizo un nombre tratando de pulir la imagen de los canales de televisión por cable y que fue también la figura que estaba detrás de la idea de diseñar un escenario que costó 250.000 dólares para las conferencias de prensa del general T. Franks en Qatar, cuartel general de la operación ‘Liberar a Iraq’. Por cierto, tras dos años en el cargo, a mediados de junio de 2003 Clarke abandonaba el mismo por razones personales, declarando que había sido “la mejor experiencia profesional” de su vida, ocasión aprovechada por Rumsfeld para alabar su labor empeñada en “desarrollar formas innovadoras de contar los acontecimientos militares al público”.

La ya citada Portugal destaca cómo fueron algunas cadenas de tele-

visión, como la RAI, TVE, Al Yazira y la NTV de Turquía, las que mantuvieron de manera permanente reporteras de guerra en Bagdad. Otros medios: periódicos y emisoras de radio de España (O. Rodríguez, corresponsal de la Cadena SER, permaneció durante toda la fase de guerra convencional alojada en el hotel Palestina), Grecia, Turquía y Bulgaria, por ejemplo, también contaban con mujeres en sus filas. Un caso excepcional fue la búlgara E. Joncheva, reportera de la televisión pública de su país con una larga experiencia al haber cubierto conflictos como los de Chechenia, Kosovo y Macedonia, quien se la estuvo jugando a diario al enviar información que pretendía servir de contrapeso con la línea oficial mantenida por su Gobierno respecto a la Guerra de Iraq.

La que no desaprovechó la coyuntura favorable que se abrió para las mujeres a finales del siglo XX fue la ya famosa Ch. Annanpour. Tras haber sido una de las reporteras estrella durante la Primera Guerra del Golfo y cubrir los conflictos de Bosnia y Somalia, en esta guerra se convirtió en la corresponsal jefa de Internacional de la CNN. Sin embargo, Sistiaga describe cómo, entre otras grandes figuras que llegaron al hotel Palestina con las tropas norteamericanas, lo hizo “una mujer valiente”, Ch. Annanpour, la gran estrella de la CNN, quien se había pasado todo el conflicto esta-

blecida en Kuwait y ese día entraba por fin en Bagdad cargada de un voluminoso equipaje. Lo realmente chocante para los allí presentes fue comprobar que quienes les llevaban las maletas eran varios marines con sus M-16 a la espalda, escena que, en su opinión, puede llegar a considerarse como “memorable” y que califica de “toda una alegoría de la falta de objetividad y profesionalidad de la prensa norteamericana” durante el conflicto.

En lo que al número de víctimas se refiere, el año 2005 se convertiría en una auténtica sangría para el periodismo árabe, al haber renunciado, en la práctica, los *mcs* occidentales a mantener corresponsales de manera permanente en dicho país debido a la situación de permanente violencia que se vivía en él. En el caso concreto de las mujeres, los primeros días de julio fallecía M. Ibrahim, redactora jefe del canal Bagdad TV, presumiblemente también por disparos norteamericanos. Según informaban las autoridades iraquíes, el 20 de septiembre era otra mujer, A. Yussef, ingeniera que trabajaba para la televisión estatal iraquí, la que fallecía en la ciudad de Mosul, al recibir varios disparos de pistola de un hombre cuando viajaba en su vehículo en compañía de su marido y los hijos de la pareja, quienes resultaron gravemente heridos y tuvieron que ser

trasladados, con posterioridad, a un hospital cercano.

Pero, sin duda, uno de los fenómenos más novedosos que se iban a vivir en este conflicto sería el del secuestro de periodistas, que se cebó de manera cruel con dos mujeres, la francesa F. Aubenas (43 años), enviada especial del diario *Libération*, y la italiana G. Sgrena (56 años), corresponsal del diario *Il Manifesto*, las cuales permanecieron un largo periodo de tiempo en manos de la insurgencia iraquí. Así, la primera de ellas desapareció en Bagdad el 5 de enero de 2005, en compañía de su guía iraquí, 20 días después de haber llegado al país, lo que provocó que el presidente francés, J. Chirac, declarase, dos días después, en una reunión con profesionales del periodismo, que “las autoridades francesas desaconsejamos formalmente el envío de periodistas a aquel país [Iraq]” porque “la seguridad de los corresponsales no puede garantizarse”. En su opinión, “si hubiese menos periodistas sobre el terreno, habría menos riesgo. No me parece razonable poner en peligro la vida de las personas” para conseguir información. Tras mostrar su inquietud por lo sucedido, Chirac declaraba: “Ustedes no saben la amplitud de esfuerzos que es obligado hacer” para encontrar a las víctimas de tomas de rehenes, operación que “tiene un coste global muy importante para la nación”.

La posibilidad del secuestro y la palabras de Chirac sirvieron para reabrir el debate sobre la presencia de periodistas en Iraq, cuestión ya muy discutida tras el secuestro de los periodistas franceses Malbrunot y Chesnot, los cuales, por cierto, compartían el punto de vista de Chirac: “Es demasiado arriesgado. Hoy, si vas a Bagdad, no puedes salir de la habitación de tu hotel. ¿Para eso vale la pena ir hasta allí? Me pregunto si hoy enviar periodistas no es hacer el juego de los secuestradores”. Por contra, A. de Gaudemar, redactor jefe de *Libération*, señalaba: “Que los políticos desaconsejen ir a Iraq forma parte de su trabajo, pero si les escuchásemos no habría ningún periodista en zonas de guerra y extensiones enteras del planeta se quedarían sin testigos y sin voz. Cubrir las guerras, enviar reporteros para que nos cuenten lo que ven es defender el papel de los medios de comunicación en democracia”.

El llamamiento presidencial a la prudencia fue recibido de manera diversa en las redacciones parisinas, comprometidas entre el deber de informar al público y el de proporcionar medidas de seguridad para sus periodistas. Así, algunas empresas que se disponían a enviar corresponsales para cubrir las próximas elecciones iraquíes se estaban cuestionando tal decisión y, mientras algunos contaban que cubrirían

Iraq desde Amman a la espera de tener más información, otros excluían enviar a Bagdad a cualquier persona. Muchos subrayaban que, en la situación que se vivía en la capital iraquí, los periodistas difícilmente podían abandonar su habitación del hotel sin correr serios peligros, pero otros, como A. Chabot, consideraban que “desertar totalmente de Iraq nos parece cuando menos extremadamente difícil. Es necesario reflexionar y ver lo que pasa”. Por su parte, RsF hacía un llamamiento a una “movilización inmediata” a favor de Aubenas y creía que, aun cuando reconocían que Iraq “es el [país] más peligroso del mundo para el oficio de periodista”—al menos 31 periodistas habían muerto ya y otros 11 secuestrados desde el principio del conflicto—, era “necesario que los medios extranjeros continúen cubriendo lo que sucede en aquel país”.

En un vídeo difundido el día 1 de marzo por la cadena italiana de TV Sky News, Aubenas, con un aspecto casi irreconocible, había solicitado de forma dramática ayuda para ser liberada, más en concreto a D. Julia, político conocido por sus contactos con antiguos responsables del partido Baaz iraquí y que había protagonizado una rocambolesca y fallida misión el pasado septiembre para liberar a Chesnot y Malbrunot, personaje a quien, por cierto, el primer ministro, J-P. Raf-

farin, dejaba claro que no debía intervenir, al excluir toda “diplomacia paralela” para conseguir la libertad de la periodista. Coincidiendo con la liberación de Sgrena, el día 4 de marzo, la madre de Aubenas, quien temía que su hija hubiese sido también secuestrada por las disputas políticas que rodeaban su proceso de liberación, rechazaba la posible intermediación de Julia, se declaraba “indignada” y reclamaba que su hija fuese liberada para “que no sea la rehén de guerras de clanes, de poder, de asuntos personales y secretos, de pequeñas guerras entre servicios”. Finalmente, sería puesta en libertad el 11 de junio, 157 días después de haber sido secuestrada.

Durante un debate televisivo, las periodistas M<sup>a</sup>-J. Ion, de la cadena de televisión rumana Prima TV, y F. Aubenas, ambas secuestradas en Iraq, al parecer incluso en la misma cueva, reflexionaban sobre los problemas que comportaba el ejercicio de la profesión periodística en los conflictos actuales. Así, mientras Ion señalaba que “tomar como rehén a un periodista se ha convertido en un arma. Es peligroso, el fenómeno se exporta”, Aubenas subrayaba: “Nosotros no estuvimos secuestrados por lo que escribíamos sino por lo que representamos, por el estatus social del periodista. Eso conduce a tener que reflexionar sobre nuestro oficio”.

F. Aubenas:

“Nosotros no estuvimos secuestrados por lo que escribíamos sino por lo que representamos, por el estatus social del periodista”

Por su parte, D. Mastrogiacomo lamentaba: “No es posible ir a las zonas en las que hay guerras civiles, lo que limita la libertad de prensa”, posición compartida por Aubenas para quien el problema no se plantea solamente en el extranjero: “La libertad de prensa es también una cuestión que debemos plantearnos en Francia, donde los periodistas nos enfrentamos a nuevas formas de intimidación”.

Peores consecuencias tendría el secuestro de G. Sgrena, llevado a cabo el día 4 de febrero de 2005 por un grupo de hombres armados que la obligaron a descender de su automóvil, cuando acababa de en-

trevisitar a varias personas en la mezquita de Al Kastl, acompañada de un traductor iraquí, en una zona universitaria de la ciudad. Éste, que no sufrió daño alguno, explicó: “Se la llevaron con ellos a punta de fusil”. El grupo Organización para la Yihad Islámica, a través de un mensaje aparecido en Internet, se atribuyó el secuestro y daba 72 horas al Gobierno italiano para retirar sus tropas de Iraq, advirtiendo: “No estaréis seguros mientras haya un solo soldado italiano en tierra iraquí”.

Sgrena tenía conocimientos de la lengua árabe y conocía bien Iraq, donde había estado cubriendo la invasión, en 2003, y por cuyos artículos el presidente de la República, C. A. Ciampi, la había condecorado con la Orden de los Caballeros del Trabajo. Anteriormente, había cubierto la Guerra de Afganistán y las matanzas en Argelia y, en los años ochenta, había sido fundadora del movimiento pacifista italiano. Quince días después del secuestro, convocada por su diario, se llevó a cabo una marcha en Roma a favor de la paz en Iraq y para pedir su liberación, a la que acudieron cientos de miles de personas, ocasión aprovechada por el alcalde de la ciudad, W. Veltroni (del partido Demócratas de Izquierda, en la oposición), que asistió a la manifestación para declarar: “Mis servicios me han indicado que la

participación llegó casi a las 500.000 personas. Los ciudadanos quieren la liberación de Giuliana”. Según los organizadores, la participación popular había superado todas las expectativas y el ministro de Asuntos Exteriores, G. Fini, telefoneó al director de *Il Manifesto* para garantizarle “el máximo empeño” de su Gobierno en la liberación de Sgrena.

A media tarde del día 4 de marzo, Al Yazira anunciaba, en una breve filmación en la que Sgrena, sentada ante una mesa con fruta y un ejemplar del Corán, agradecía a sus carceleros el “buen trato” que le habían dispensado, que el mes de cautiverio de la periodista había concluido, pero, poco tiempo después, se conocía que tropas de EE UU habían disparado sobre el vehículo en que viajaba Sgrena y tres agentes secretos italianos, provocando la muerte de uno de ellos, N. Calipari, y causado heridas a los otros tres ocupantes, entre ellos la propia periodista cuando se dirigían al aeropuerto de Bagdad para regresar a su país. Una vez conocida la noticia de la muerte de Calipari, quien había protegido con su cuerpo a Sgrena cuando empezaron los disparos, se decidió suspender la fiesta que tenía que haberse celebrado en el Coliseo de Roma para festejar la liberación. La profunda estupefacción que causó la noticia en toda Italia provocó que, en el ámbito diplomáti-

co, se enfriasen de repente las muy cordiales relaciones entre Roma y Washington, por lo que el embajador de EE UU en Italia fue convocado de urgencia por la Presidencia del Gobierno.

Para tratar de aclarar lo sucedido y desmentir la versión norteamericana de lo sucedido, Sgrena publica el día 6 de marzo en *Il Manifesto* el relato de su secuestro y la sangrienta liberación en Bagdad, titulado ‘Mi verdad’, aportando nuevos detalles a lo ya conocido, con una descripción de lo sucedido que, al igual que la del agente que sobrevivió al ataque, seguía sin encajar con las vagas explicaciones de Washington acerca de “un error de comunicación”. En el fondo, lo que cada vez parecía más claro era que las fuerzas de EE UU se habían opuesto al pago de un rescate por Sgrena –al final, fueron pagados entre 6 y 8 millones de euros–, por lo que los servicios secretos italianos se vieron obligados a actuar de forma autónoma. Como es bien sabido, la postura estadounidense era radicalmente contraria al pago de rescates, al considerar que el dinero así obtenido fomentaría nuevos secuestros y, en último extremo, ayudaría a nutrir las arcas del terrorismo. Si bien el Gobierno de Berlusconi había actuado por su cuenta, el de EE UU, como deferencia ante uno de sus aliados más fieles, se había

N. Walter reflexiona sobre el papel de las reporteras que estuvieron en Afganistán, destacando que se podría pensar que si no hubiera sido por las periodistas que estuvieron en ese frente, “la guerra es algo de lo que sólo los hombres pueden hablar porque únicamente les afecta a ellos”

comprometido a no entorpecer la operación.

En su opinión, antes del incidente y a pesar de las dificultades y restricciones de movimientos, era posible que los periodistas pudiesen trabajar en Iraq, pero a partir de entonces creía que eso ya no sería posible, considerando que “ese es el peor efecto de la guerra, romper la comunicación”. Los secuestradores le habían repetido de manera clara que no querían allí a nadie, ni militares, ni trabajadores, ni periodistas, por lo que opinaba que, en esas condiciones, “no se puede hacer nada”. Tras resaltar que no volvería a Iraq, añadía que espera-

ba que su liberación fuese un buen augurio para conseguir la de F. Auben, colega a quien conocía muy bien y que todavía seguía secuestrada.

La periodista estadounidense J. Carroll (28 años), enviada especial de *The Christian Science Monitor*, fue secuestrada el 7 de enero de 2006 en Bagdad por unos desconocidos cuando se dirigía a una cita con un líder suní. Tras asesinar al chófer, un cristiano iraquí que hacía también de intérprete, la forzaron a entrar en un automóvil y desaparecieron sin dejar rastro alguno. En los días siguientes, a través de vídeos emitidos por cadenas árabes, el primero por Al Yazira y los siguientes por la kuwaití Al Rai, los secuestradores amenazaban con asesinar a Carroll si, antes del 26 de febrero, EE UU no liberaba a todas las mujeres iraquíes encarceladas. Mientras, en Boston, los familiares de la periodista difundían un comunicado pidiendo clemencia a los secuestradores, la Casa Blanca no hacía ningún tipo de declaración, si bien reconocía que intentaba negociar su liberación.

Sumamente interesante puede resultar la reflexión que realiza N. Walter sobre el papel de las reporteras que estuvieron en Afganistán, destacando algo que a ella le parece muy importante. Al hojear los diarios de la época, se podría pensar que si no hubiera sido por las

periodistas que estuvieron en ese frente de guerra, “la guerra es algo de lo que sólo los hombres pueden hablar porque únicamente les afecta a ellos”. Ello le sirve para preguntarse si las periodistas tienen una mirada diferente de la guerra, a lo que se responde que “no voy a sostener que las periodistas mujeres siempre aportarán un particular punto de vista femenino a sus informes. Esto sería una estupidez. A algunas que cubren guerras les gusta más reportear sobre movimientos de tropas que de los refugiados, así como algunas comentaristas mujeres prefieren el lenguaje del halcón y no el de la paloma”. Walter cree que muchos hombres periodistas privilegian la información basada en la óptica de los civiles, blancos inocentes de las guerras, o se refieren a las consecuencias de las maniobras militares sobre la población, pero si, como ella opina, el periodismo de guerra ha cambiado durante la última generación hasta el punto en que ahora incluye, más que nunca, las experiencias de civiles, de refugiados y de gente común afectada por la acción militar, no le parece una coincidencia que “este cambio haya ocurrido exactamente en el momento en que más mujeres toman parte en la producción de información” en conflictos armados.

Otros sucesos de importancia que tienen a mujeres periodistas co-

mo protagonistas deben ser de cita obligada en un trabajo como éste. Ése es el caso de la rusa A. Poltkovskaya, reportera del periódico independiente *Novaya Gazeta* de Moscú, un caso muy especial en el mundo de las mujeres corresponsales ya que la decisión de ir a cubrir la guerra de Chechenia le serviría para recibir numerosas amenazas de muerte, tanto por parte del Gobierno ruso como de los rebeldes chechenos. Años después, a causa de la crítica permanente que hacía al aparato oficial del Gobierno ruso, sería asesinada a las puertas de su casa de Moscú, convirtiéndose a partir de entonces en una de las figuras más representativas del mundo periodístico y en un verdadero mito de la libertad de expresión a escala mundial.

Incidentes más recientes que han tenido a mujeres como protagonista son los que se citan a continuación:

— El 24 de julio de 2006, moriría a consecuencia de un bombardeo israelí en la ciudad libanesa de Tiro la fotógrafa de esa nacionalidad L. Nagib, de 24 años, quien trabajaba como *freelance* para diversos *mcs*, tanto de su país como internacionales, con lo que se convertía en la primera periodista muerta en ese conflicto.

— El 18 de junio de 2007, una periodista perteneciente a la Radio-Televisión Nacional Congolese

(RTNC), A-Marie Kalanga, resultaba gravemente herida tras ser atacada por unos desconocidos, ocasión aprovechada por el Observatorio de los Medios Congolese (OMEC) para condenar el atentado.

— Especialmente dramática fue la situación vivida por la periodista francesa C. Henry y el cámara C. Simon, detenidos el 24 de diciembre de 2007 en la ciudad de Galle (Sri Lanka), cuando realizaban un reportaje para France 24 sobre la vida de una familia tamil, y que serían liberados dos días más tarde.

El hecho de que se haya incrementado de manera notable la presencia de mujeres periodistas en los conflictos armados ha supuesto que, de igual manera, comiencen a aumentar las cifras de fallecidas a causa de los mismos, porcentaje que la organización RsF fija en el 6% del total de víctimas.

## Epílogo

Para finalizar este trabajo, nada más oportuno que recoger aspectos de la charla que mantuvieron en Segovia O. Rodríguez y otras dos colegas –J. di Giovanni, que trabaja para *The Times*, entre otros medios, y G. Higuera, de *El País*– sobre el papel de las mujeres reporteras de guerra. Las tres coincidieron en señalar que, además de las situaciones difíciles a las que tiene que enfrentarse cualquier periodista en una guerra, ellas

se encuentran a veces con problemas añadidos, algunos de los cuales son logísticos, pues aún no hay chalecos antibalas para mujeres, todos les quedan grandes y no se ajustan a sus formas corporales; es decir, no son útiles para ellas, por lo que algunas reporteras estadounidenses habían logrado ya que sus empresas encargasen chalecos antibalas a su medida. Otros problemas eran de orden social y emanaban de las estructuras patriarcales que predominan no sólo en los lugares donde ocurren las guerras, sino también en sus propios países. En ese sentido, comentaban Di Giovanni e Higuera que cuando un periodista va a una guerra es visto como un valiente y un profesional, mientras que “cuando una periodista va a una guerra todavía es vista como una inconsciente” incluso por algunos de sus compañeros.

Rodríguez recordaba cómo, en marzo de 2003, cuando llevaba casi dos meses en Iraq y cuando era evidente que faltaban sólo horas para que Bagdad fuese bombardeada, un alto funcionario del Ministerio de Información iraquí la llamó a su despacho para decirle: “La guerra está a punto de empezar así que ha llegado el momento de que vayas al lugar donde debes estar: en tu casa, con tu mamá”. El mismo tipo dirigía frases similares a otras colegas, sobre todo a las que, como ella, eran mujeres jóvenes.

También por esos mismos días, en Bagdad, un par de periodistas “occidentales” se dedicaron a “aconsejar” a varias compañeras que se fueran de Iraq “porque lo que va a llegar será muy duro, poco apropiado para vosotras”. Semanas después, uno de esos reporteros fue presa de un ataque de pánico que le obligó a permanecer en el hotel durante varios días.

En cualquier caso, considera que es muy difícil librarse de comentarios estúpidos y actitudes machistas, situación que se agrava durante una guerra pues los ánimos se exageran, se exageran los comportamientos y se acentúan los vicios sociales. Aun cuando considera que se trata de una visión absurda, reconoce que en un conflicto armado (y también fuera de él) las mujeres suelen ser percibidas como seres más débiles y por lo tanto más inofensivos, encasillamiento que en determinadas situaciones puede acabar por facilitarle su trabajo, ya que, si te ven más débil y más inofensiva, los bandos involucrados en el conflicto bélico controlan menos tus movimientos, no te ven como una amenaza y colocan menos obstáculos a la realización de tu trabajo periodístico.

De igual manera, cree que existe otra ventaja de la que gozan las mujeres reporteras y que, a su juicio, debe ser aprovechada, como es la mayor facilidad de acceso a las

mujeres víctimas de las guerras. Recuerda que, en algunos países, las mujeres no conceden entrevistas a hombres si no permanecen acompañadas en todo momento por un hombre de la familia, condición que en realidad no imponen ellas, sino los hombres que las rodean, de tal forma que es más que probable que no se atrevan a hablar de ciertas cuestiones, como su vida sexual, los abusos sexuales, la violencia de género, etc., asuntos todos ellos fundamentales para poder describir, contar y denunciar las consecuencias de los conflictos armados, asuntos en los que siempre deberían indagar las mujeres, al te-

ner más posibilidades de que cuenten todos sus problemas.

Rodríguez confía en que las actuales desventajas que sufren las mujeres corresponsales de guerra se vayan disipando a medida que las sociedades se puedan desprender del “machismo y la estructura patriarcal”. En ese sentido, cada vez que se pone a pensar en qué es esto de ser mujer periodista que acude a conflictos armados termina acordándose de una frase que leyó en el libro *War Torn*, donde una corresponsal estadounidense de la guerra de Vietnam dice: “No sé qué es ser mujer corresponsal en una guerra, porque nunca antes he sido hombre”. ❖

---

— *Corresponsales en la guerra de España (1936-1939)*, catálogo de la exposición realizada en el Instituto Cervantes de Madrid en 2006.

— PRESTON, PAUL, *Amenazados, ametrallados e inspirados: Los corresponsales extranjeros en la guerra civil española*.

— MARTÍNEZ DE PISÓN, IGNACIO, *Un ejército de poetas*.

— GARCÍA SANTA CECILIA, CARLOS, *Corresponsal en España*.

— G. APPY, CHRISTIAN, *La guerra de Vietnam: Una historia oral*, Edit. Crítica, Barcelona, 2008.

— GALLEGO, MERCEDES, *Más allá de la batalla. Una corresponsal de guerra en Iraq*. Edit. Temas de Hoy, Madrid, 2007.

— JAR COUSELO, GONZALO, *La protección de*

*los periodistas en caso de conflicto armado*, Edit. Tirant lo Blanch-Cruz Roja Española, Valencia, 2007.

— MARÍN, A, *Las imágenes heridas de Gerda Taro*. *El País*: 27/10/2007.

— PORTUGAL, ANA MARÍA, *Mujeres que informan sobre la guerra*, 2003.

— PRESTON, PAUL, *Idealistas bajo las balas*, Edit. Debate, Barcelona, 2007.

— RANKIN, NICHOLAS, *Crónicas desde Guernica: George Steer, corresponsal de guerra*, Edit. Siglo XXI, Madrid, 2005.

— RODRÍGUEZ, OLGA, extracto de su intervención en el Hay Festival celebrado en Segovia en octubre de 2007.

— SISTIAGA, JON, *Ninguna guerra se parece a otra*, Edit. Plaza&Janés, Barcelona, 2004.